

TRADICIONES  
PATRIAS

ESTA PUBLICACIÓN SALE  
los días 1, 10 y 20 de cada mes  
.....

16 páginas de folletín  
de cada una de las obras:

Políticos del Carlismo  
Victorias carlistas  
Florangel  
.....

Regalos a los suscriptores  
Un año. . . 8 pesetas  
(Pago adelantado)  
.....

ADMINISTRACIÓN:  
Biblioteca Tradicionalista  
Aragón, 252  
BARCELONA

Toulet

Barcelona 20 Abril 1913

Cuaderno 12.—20 Cts.

# PASATIEMPOS

## Mozart

Uno de los más notables ejemplos de precocidad conocidos en el mundo, fué, sin duda, el insigne artista Juan Crisóstomo Amadeo Mozart, que nació en Salzburgo el 27 de Enero de 1756. Fué hijo de un músico de talento y fué tan natural en él la afición al arte en que había de brillar como uno de los más grandes maestros, que a los tres años tocaba el clavicordio, a los cuatro ejecutaba primorosamente difícil música en el piano, a los cinco ya componía y a los seis dió un concierto delante del emperador Francisco José, con asombro de la corte y de todos los músicos de Alemania y del mundo entero. A los doce años compuso una ópera (*Finta*) por encargo del emperador de Alemania.

Numerosas son las obras de Mozart, y todas llevan impreso el sello del genio incomparable de su autor. No fué feliz, sin embargo, y aun sufrió privaciones, desaires y todo género de contrariedades.

El carácter del gran artista era sumamente triste; dejó de existir antes de cumplir los treinta y seis años, dejando en la pobreza a su familia y un nombre gloriosísimo en la historia de la música. Su última obra fué el famoso *Requiem de Mozart*.

## Anécdota

Sócrates saludó un día a un ciudadano que no tuvo por conveniente devolverle el saludo. El filósofo no manifestó el menor resentimiento, y como algunos de los discípulos que le acompañaban extrañaron aquella indiferencia, contestó el sabio:

—Si encontráis alguna persona más fea y defectuosa que vosotros, ¿os enojáis?... No, seguramente. Pues entonces, ¿por qué queréis que yo me irrite de haber visto un hombre que es menos cortés que yo?... .

## El labriego y el Monarca

Un labriego dormía,  
y que era rey en su dormir soñaba,  
y era tal la alegría  
que sueño tal le daba,  
que el más feliz del mundo se juz-

Con plácido sosiego [gaba  
soñaba cierto rey el mismo día  
que era un simple labriego,  
y era tal su alegría,  
que el más feliz del mundo se creía.

Al despertar los tales,  
dijeron ambos: «¡Engañoso ensue-  
¿Por qué han de ser reales [ño!  
las penas en su ceño,  
y la dicha y placer tan sólo un sue-  
[ño?»

M. A. PRÍNCIPE.

## El Nido

¿Qué haces, niño, en la rama  
de ese arbolillo?

¿Le robas a una madre  
sus tiernos hijos?

¡Ay! ¿Tú no tienes  
una madre que llora  
si te perdiere?

Baja, baja del árbol;  
deja ese nido;  
las avecillas lloran  
pidiendo abrigo.

¡Ay! ¡Como el ave  
llora el niño que pierde  
su buena madre!

TEODORO GUERRERO

## Pensamientos

No hay nadie más adusto que  
aquel que sólo es amable por inter-  
rés.

Vauvenargues

La vanidad es el amor propio que  
se exhibe; la modestia es el amor  
propio que se oculta.

Fontenelle

No es el haber recibido una lec-  
ción lo que nos salva, sino el saber  
aprovecharla.

Miss Canning

claramente cada día. Figúrese ahora el lector qué efecto produciría en la princesa la confianza que Jorge la había hecho en un momento de caprichosa expansión. En el fondo no estaba acostumbrado a temer a su madre, y aunque indudablemente jamás había puesto su condescendencia a semejante prueba, estaba convencido de que por mucha que fuese la repugnancia que opusiera a sus deseos en el primer momento, llegaría a triunfar de ella tarde o temprano con un poco de persistencia.

Es verdad que durante cuatro meses había puesto un especial cuidado en disimular el sentimiento que experimentaba, mas era por no alarmar antes de tiempo a su madre ni a la joven, para no verse privado de la dicha de su presencia, en tanto que combinaba sus proyectos, y se aseguraba de los de la princesa, que ahora creía conocer. Bajo el creciente imperio de la pasión que le dominaba, el recuerdo de Vera se iba cada día desvaneciendo, y el porvenir, como el presente, parecían ya pertenecer sólo a la que en la actualidad ocupaba su pensamiento, y así juzgó oportuno abrir su corazón a su madre lo más pronto posible.

A pesar de su inexplicable asombro, tuvo la princesa bastante serenidad para recibir aquella terrible confianza con aparente calma, y casi ocultar a su hijo la pena que la causaba la decepción más dolorosa que en su vida había sufrido. En el primer momento, lo creyó perdido todo. ¿Quién conocía mejor que ella la gracia y atractivos de Gabriela? ¿Qué podía ella contra una influencia tan poderosa y seguramente ejercida sin conocerlo esta madre excesivamente crédula? ¡Cuán loca, cuán imprudente había sido! ¡Qué fatal cofianza la suya! La virtud de Florángel la había impedido recelar del único peligro que podía temer; más ¿quién podría esperar en ella semejante ambición, tan excesiva demencia? Jamás hirvió en su pecho igual tempestad, jamás estuvo a punto de suceder a una afición sin límites un odio mortal, y precisamente cuando su cólera iba a estallar, todos esos sentimientos sufrieron una transformación nueva y más imprevista que la primera. Su enemiga se convertía en aliada suya; aquella contra la cual comprendía que no podía luchar, venía a ayudarla a luchar

contra ella misma; volvíala su hijo la misma mano que podía arrebatársele tan fácilmente para siempre.

En presencia de tan gran peligro y de tan inesperado socorro, todas las consideraciones que antes la hubieran hecho sentir la partida de Gabriela, debían ahora apresurarla, aunque sin perder de vista la importancia, tan juiciosamente señalada por ella, de no hacer nada que pudiera dar motivo a Jorge de creer que esta partida se debía a la revelación hecha por él a su madre, y que por consiguiente tenía el carácter de separación irrevocable. El interés era supremo, y en esta ocasión no había que temer que faltase a la princesa Catalina habilidad o prudencia maternal, y hasta si era preciso, astucia diplomática.

---

## XIII

Todo parecía favorecer el proyecto concebido por Florángel, y la llegada tan oportuna de los Steinberg le presentaba un pretexto natural que tal vez en otra ocasión le hubiera sido difícilísimo encontrar sin excitar la desconfianza de Jorge. En efecto, cuando al día siguiente, en presencia de todos, expresó tímidamente el deseo de acompañar a su prima a Perusa, el marqués Adelardi manifestó que esta excursión le sería provechosa, y suplicó a la princesa que concediera a su joven protegida aquellos pocos días de asueto, de que tanto necesitaban sus gastadas fuerzas; Jorge unió también sus instancias, y la princesa fingió ceder a sus ruegos, más bien por complacer a ellos que por condescendencia hacia ella.

Desde el día anterior había conservado con su hijo una actitud triste y grave que no dejaba duda a Jorge de que estaba en desgracia, y a la confianza que la había hecho atribuía igualmente cierta frialdad que veía a su madre usar con Florángel, pues la princesa no quería dejar penetrar la secreta seguridad que tenía a consecuencia de su conversación con la joven. Así Jorge, que comprendía que su madre estaba disgustada con él, y esperaba aquel disgusto; que veía que su madre estaba resentida con Florángel, y sin embargo, continuaba tratándola con bondad, agradeció esta complacencia, y su confianza por tener fe en su palabra. Pareció, pues, arreglado todo del modo más natural, y se señaló el término de quince días para la excursión proyectada. Los Steinberg, engañados como los demás, acogieron con tanta alegría como sorpresa la perspectiva de un placer que no se atrevían a esperar, y todo contribuía a satisfacer los deseos

de la princesa, sin que ésta al parecer hiciera otra cosa que ceder a la voluntad de todos.

La víspera de la partida de los Steinberg debía dedicarse a ver varios museos, terminando la mañana con un paseo a San Miniato; Florángel les propuso sin estrépulo acompañarlos, porque una agitación febril la hacía insoportable la inacción. Temía encontrarse un instante a solas con Jorge, y estaba bien segura de que la princesa la dispensaría de buena gana su servicio aquel día: en efecto, no le fué difícil obtener el permiso, y a mediodía partió con Clara y Julián al palacio Pitti.

Después de visitar ésta y otras galerías, continuaron su paseo en carruaje, deteniéndose al fin al pie de la cuesta que conduce a San Miniato, donde se apearon. Mientras que subían lentamente aquel camino un tanto escarpado, Florángel sacó del bolsillo el papel que encontró en el ramillete, y se lo dió a leer a Julián, comunicándole la sospecha que su lectura la había inspirado.

—Es extraño, —dijo éste pensativo, examinando aquel escrito con atención. —Nada sería para nosotros más penoso en la actualidad que la presencia de Félix, y sin embargo, ya he tenido una inquietud sobre ese particular, que este papel viene a renovar ahora.

—¿Sospechábais su regreso a Europa?

—Sí; pero era un indicio muy leve, y no os hubiera hablado de él, a no surgir este nuevo incidente. Hace algunos meses me encontraba en Bolonia haciendo ciertos estudios necesarios, cuando en la biblioteca donde estaba tomando los apuntes, ví un trabajo que me llamó la atención. Tratábase de cierto punto histórico controvertido, acerca del cual se habían copiado varios párrafos extractados de manuscritos curiosísimos de esta biblioteca: hallé el libro abierto, y el trabajo suspendido. Leí con interés y atención; mas de pronto fijé la vista en un papel que sin duda había servido al copiante para probar la pluma, y en el cual ví repetido tres o cuatro veces el nombre de Gabriela; en otro lado las iniciales F. D., y en otro estas palabras: «¡Félix! ¡Feliz! ¡qué ironía! Félix.» Examiné con más atención la copia, y no era su

letra, cuanto más que aquel trabajo era un *facsimil* de la escritura del manuscrito que se copiaba, y por lo que hace al otro papel, estaba todo lleno de borrones y palabras incoherentes. Pregunté al bibliotecario, que me respondió que aquel trabajo era para un gran señor florentino, a quien no conocía, y que el copiante era un italiano llamado Fabián Dini.

—¿Y nada más? ¿No lograsteis noticias más positivas?

—Nada. Al día siguiente ya no estaba allí el trabajo empezado, y durante mi permanencia en Bolonia, no volví a ver a nadie en la biblioteca. Lo que hice fué guardar el papel borrajado, aunque sin darle importancia. Dejadme ese para compararles.

—¿Será una ilusión, o será él realmente?

—¿Quién sabe? Bien podría ser él, porque ya sabéis que poseía maravillosamente el italiano; pero tampoco encontraría extraño que fuese algún amigo suyo enterado de su historia. Nunca he podido saber más de él sino que partió a América en triste compañía, pues la mayor parte de los viajeros eran emigrados o desterrados polacos, italianos y alemanes.

Durante estas palabras entrísteciósese el risueño semblante de Clara, y Florángel sintió aumentarse la melancolía que la oprimía el corazón; aquel vago despertar del recuerdo más sombrío de su vida, le parecía de funesto presagio, unido a las realidades de aquel día; pero calló, porque quería que su primo ignorase por el momento la causa y la verdadera duración del viaje que al día siguiente iba a emprender en su compañía, y porque de todas maneras le convenía distraer sus pensamientos; así, apenas entraron en la iglesia de San Miniato, sólo procuró ocuparse de los frescos, de los cuadros y mosaicos que en ella se ven, y oír atentamente las explicaciones que Julián le daba de varios símbolos que observaba repetidos.

De esta suerte pasaron cerca de una hora sin reparar que el tiempo transcurría, y que la iglesia empezaba a obscurecerse: ya se disponían a salir, cuando en el umbral encontraron a Jorge, que iba a entrar acompañado del marqués Adelardi.

—Sabía,—dijo,—que terminariais el paseo en San Miniato y propuse a mi amigo venir a reunirme con vosotros: ambos creemos que podríamos oír lo que dirá Steinberg; pero nos hemos retardado.

Mientras hablaba de esta suerte, Florángel, conmovida y turbada, dió involuntariamente un paso para volver a entrar en la iglesia; mas como ya empezaba a anochecer, convinieron todos en que era preciso bajar en busca del carruaje, de suerte que siguió a los demás. Aunque era la última de todos, Jorge la esperaba, y sin darle tiempo para evitarlo, la ofreció el brazo; Clara tomó el de Adelardi, Julián iba con ellos, y de esta suerte empezaron a bajar lentamente aquella deliciosa colina, para poder disfrutar de la más bella perspectiva de Florencia, sobre la cual derramaba el sol sus últimos y tibios rayos.

Jorge acertó el paso para quedarse atrás, y en cierto modo solo con Florángel: ambos caminaban en silencio, pues aunque de carácter diferente, su emoción era grande. Para ella toda la tristeza que el pensamiento de un último adiós podía añadir a la ternura reprimida y profunda de su corazón, hacía esta hora la más cruel de su vida. Para él, al contrario, que se creía libre de toda violencia, por la especie de explicación que con su madre había tenido, que no era torpe para leer en los pensamientos, y por consiguiente, para conocer lo que pasaba en aquel corazón sencillo, cuyos latidos le parecía oír, era un momento oportuno de hablar con más franqueza que hasta entonces lo había hecho.

—¡Florángel!—dijo súbitamente. Y al ver que ella se estremecía, y trataba de retirar su brazo, la detuvo por la mano, añadiendo:—No, no, dejadme estrechar vuestra mano y daros ese nombre, a mí *solo*; dejádmelo guardar para mí, ¿consentís? ¿no es cierto?

Y estrechando la mano de la joven, se la besó. A pesar del suave acento de estas palabras, Florángel distinguió el de una confianza mal disimulada, mas ¡ay! si se hubiese atrevido en este momento a ser ella misma, no hubiera pensado en ofenderse; pero no fué así, y después de un prolongado silencio, dijo:



—Señor conde...

—Jorge, llamadme Jorge; que os oiga yo, siquiera una vez, darme ese nombre.

¡Pobre Florángel! Desasíó su mano del brazo de Jorge, y dió algunos pasos tratando de calmar el latido harto violento de su corazón: él la siguió, y no tardó en recobrar su aparente calma.

—Creía y esperaba no oiros jamás hablarme así.

—¡Lo esperábais! decid entonces que me he equivocado, que he sido presuntuoso y loco, que me he engañado, creyendo leer en vuestros ojos otra cosa que la más completa indiferencia.—Y viendo que no respondía, continuó:—Florángel, ese silencio me hiela y me entristece; ¿no tengo siquiera derecho de esperar que me respondáis?

—¿Tenéis acaso el de preguntarme? ¡Ah! cuánto más noble y generoso seríais, si supiérais tener más presente lo que soy y lo que sois.

—¿Quién sois?—exclamó el conde con un acento de gravedad y sinceridad más peligroso todavía que el de la pasión.—Sois mi esposa, si consentís en ello, si aceptáis la mano que os ofrezco.

—¿Con consentimiento de vuestra madre? ¿Podéis asegurarlo?

Después de un momento de vacilación, respondió:

—Hoy no; pero os aseguro que le dará.

A su vez vaciló Florángel: no tenía duda de que aquella esperanza era quimérica, pero le hablaba por última vez: al día siguiente empezaría para no acabar jamás entre ellos la ausencia, la distancia, el tiempo, todas las separaciones de la vida, por consiguiente, no había peligro en decir la verdad, hoy ya sin importancia, y que acaso secundaría el deber que tenía que cumplir, también como la contradicción.

—Pues bien,—dijo,—no tengo por qué negarlo. Si todo cambiase para nosotros en la vida, si por una circunstancia imposible de concebir, me dijese vuestra madre: *Gabriela, sé mi hija, consiento en ello gustosa*, entonces... bien sabéis lo que yo respondería sin necesidad de que os lo diga, como sabéis que hasta que llegue ese caso no os escucharé.



—Si me dijese vuestra madre: Gabriela, sé mi hija...

—Es que ese caso llegará, y pronto. El tiempo todo lo consigue.

—¿El tiempo? Puede ser. ¿Quién sabe lo que puede suceder con el tiempo? ¿Quién sabe si andando el tiempo el obstáculo nacerá de vos mismo?

Procuró decir las últimas palabras riendo, mas después de proferirlas calló de repente, y la sombra de los cipreses impidió a Jorge ver las lágrimas que inundaban su rostro. Alejóse de él y se acercó a Julián: Jorge la siguió, e incorporándose a los demás prosiguieron el camino un rato sin hablar. Anocheecía ya, y bajaban con precaución, porque la pendiente era rápida; ya casi se hallaban al fin de ella, y cerca del carruaje que les esperaba, cuando acertaron a pasar por delante de ellos los dos individuos que iban hablando y no les vieron; pero los que bajaban, a la sombra de los cipreses repararon en los dos transeuntes, y la misma emoción hizo estremecer a las dos primas y a Julián: habían conocido en uno de ellos a Félix. Adelardi, por su parte, pareció también turbado y sorprendido: únicamente Jorge, después de seguir como los demás con la vista los dos personajes, se separó del grupo en que estaba, acercándose a los transeuntes

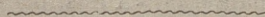
y llamando a uno de ellos, que al verle se descubrió respetuosamente, díjole algunas palabras en voz baja, los dos paseantes siguieron su camino, y el conde volvió a su puesto.

—¿A quién hablábais, si no es indiscreción?—preguntó Adelardi.

—No tal,—respondió al punto Jorge.—A Fabián Dini, ese italiano que os he nombrado, que me sirve de agente aquí; muy inteligente, como sabéis, para comprarme curiosidades, y que también me ayuda en mis investigaciones históricas y artísticas. Ha estado ausente, y regresó anteayer: tenía que hacerle un encargo.

—Va en malísima compañía,—dijo Adelardi frunciendo el ceño.

Ya las dos primas habían subido al carruaje, y Julián, obligado a acompañarlas, no pudo oír más palabras.



## XIV

Habían transcurrido ya veinticuatro horas. Florángel se alejaba de Florencia, y los incidentes de los días anteriores tomaban en su imaginación el carácter de escenas de una pesadilla. La conversación que oyó desde la azotea entre Jorge y su madre, la que tuvo con él en San Miniato, el misterioso ramo, la reaparición súbita de Félix, todo esto pasaba por su mente como una serie de panoramas, pero todo palidecía ante el recuerdo de su postrera despedida. Sí: habíase despedido con el corazón, para siempre, mientras que sonriendo decía con los labios: «Hasta la vuelta,» mientras que él la esperaba confiado, y su madre, dándole graciosamente la mano, ejecutaba hasta el fin su papel en aquel drama de dos personajes, cuyo secreto sabían ellas dos solas. La joven había sostenido también el suyo con entereza; mas al besar la mano de su señora, dió a las palabras: «Adiós, princesa,» una entonación, cuyo sentido sólo comprendía aquella a quien iban dirigidas, por lo cual la abrazó con una ternura involuntaria, que sorprendería a cualquiera tratándose de tan corta ausencia. Jorge lo vió, y dedujo de ello un buen augurio; así fué, que después de la partida de Gabriela, lo que sintió no fué tristeza, sino necesidad de encontrar una distracción bastante poderosa para ayudarle a soportar el terrible fastidio en que le dejaba su ausencia.

En cuanto a ella, una vez sola en el cupé del vetturino, que compartía con Julián, para que Clara, su hijo y una joven italiana que la servía ocupasen el interior, no le quiso todavía comunicar los pensamientos que la abrumaban: aun no había

acabado de violentarse, de luchar para callarse y disimular, a pesar de serla antipático el disimulo. Para ir a Santa María, debían dirigirse a un pueblecito llamado Passignano, al cual no llegarían hasta dos días después, y tenía intención de no comunicar a los Steinberg su plan de continuar el viaje con ellos, hasta que al regreso de Perusa se detuvieran en el monasterio para emprender el viaje de Alemania. Entonces ya habría tenido tiempo de madurar sus proyectos futuros, pues en la actualidad fluctuaba su imaginación entre mil ideas vagas, y entre mil irresoluciones que no comprendía, y quería que la penetrante mirada de su maternal amiga la ayudase a desenredar la confusión de su espíritu. Hasta entonces estaba resuelta a callar, así es que su conversación con Julián giró sobre el inopinado encuentro de su infeliz primo.

—Después de pensarlo maduramente,—dijo Steinberg,—me parece imposible tomar ninguna determinación sin correr el riesgo de perjudicar a ese infortunado.

—Lo cierto es, —repuso Florángel, — que ahora parece que vive honradamente.

—En efecto, y por esa razón es importante para él que se ignore su pasado. En cuanto al presente, puesto que el conde Jorge ha aceptado sus servicios, supongo que habrá pedido y obtenido buenos informes.

Florángel no respondió. No se atrevió a decir que había oído censurar la indiferencia de Jorge acerca de la posición o de la reputación de los que empleaba para sus colecciones, o sus curiosidades, y que la respuesta de este era siempre: «¿Qué me importa su vida privada para el trabajo que tienen que hacerme? Me basta que sean hábiles e inteligentes, y cuando se trata de copiar una inscripción o de trasladar un manuscrito, de mejor gana pagaré a un pícaro diestro que a un honrado torpe.» Sin saber por qué, la aterraba la amistad de Jorge con Félix: no sabía cómo explicar su temor, pero hubiera deseado advertir a aquél, cosa imposible sin revelar el nombre y la posición verdaderos de su primo. En suma, el funesto recuerdo que conservaba de Félix, se transformaba ahora en penoso presentimiento, y hacía más negra la triteza que se esforzaba por ocultar. Después de un largo silencio, repuso:

-- Parece que el marqués Adelardi conocía al personaje que acompañaba a Félix aquella tarde.

—Sí; y no le quería muy bien.

—¿Pudísteis preguntar algo acerca de él?

—Bien lo hubiera deseado, y hasta lo intenté aquella misma noche en casa de la princesa; pero parecía responderme con repugnancia, y como yo le preguntaba con precaución, no pude sacar gran cosa. —Interrumpióse, reflexionó un instante, y luego añadió: —El marqués Adelardi, según he oído decir en Bolonia, conspiró en otro tiempo

—¡Conspiró! —exclamó Florángel aterrada. —¡Conspirar el marqués, tan bueno y amable! ¿Qué estáis diciendo, Julián?

—No os asustéis de ese modo, Gabriela. —replicó Julián sonriendo; —un conspirador no es un malhechor; lo que quiero decir es que durante la época de su vida en que ha tomado parte en las agitaciones revolucionarias de Italia, habrá conocido más de un revolucionario sospechoso, y que tal vez sería uno de esos el que acompañaba a Félix.

Calló Florángel, y la conversación no continuó. Las últimas palabras de Julián habían añadido nuevo temor a las penosas impresiones, vagas o definidas, que oprimían su corazón: tenía lástima de Félix, pero la causaba miedo: el extraño billete que había recibido no la parecía ya ahora otra cosa que una bravata temeraria para asustarla o interesarla, una irresistible tentación de hacer efecto, a la cual cedió a riesgo de ser descubierto. El contacto con Jorge de aquel carácter osado e inquieto la producía mayor malestar que antes, y se figuraba que nunca habían pesado tantas cosas a la vez sobre su joven corazón, y que de todas partes se amontonaban nubes en torno de ella.

Llegaron por fin a Passignano, donde se separó de sus compañeros de viaje para subir al pequeño vehículo que debía conducirla al monasterio. La supuesta brevedad de la ausencia le había permitido dejar en poder de Bárbara todos los trajes y adornos que la princesa le había regalado, y ahora todo su equipaje estaba reducido al modesto y pequeño baúl que llevó a Florencia, el cual en dos segundos quedó atado a la zaga, y el carricoche se puso en marcha.

El camino se elevaba insensiblemente, y sólo se conocía en la belleza creciente del panorama que a cada paso se desarrollaba ante la vista. En lontananza el lago de Trasimeno reverberaba al sol como una sábana brillante de plata; más cerca un riachuelo, el Sanguinetto, cuyo nombre recuerda al cabo de veintidós siglos la memorable lucha que ensangrentó sus aguas, serpenteaba por la llanura que fué teatro de tal carnicería. Cuenta la historia que en aquella famosa jornada, poseídos los romanos y sus adversarios del ardor del combate, no echaron de ver un temblor de tierra que tuvo lugar entre tanto: si hoy hubiera sucedido lo mismo, tampoco habría reparado en ello Florángel, según la absorbía la lucha de otro género empeñada en su recta voluntad, y la violenta inclinación de su corazón. En la completa soledad en que se hallaba al cabo de tanto tiempo, le pareció que recobraba la libertad de pensar, y que libre de la necesidad de luchar contra la emoción que hubiera debilitado su valor, le era lícito al fin entregarse sin violentarse al placer de *revivir su vida* de diez meses. Inclinó hacia atrás su cansada cabeza, cerró los ojos, y permitió a su memoria trazarla de nuevo todos aquellos caros y vanos recuerdos. Así vió al que no debía volver a ver, oyó de nuevo todas las palabras proferidas por aquella voz que no oiría más, y hasta le dirigió ella todas las que había reprimido. Sueño peligroso y prolongado, seguido de un doloroso despertar, cuyo efecto fué turbar profundamente la paz de su alma, conservada con gran trabajo sin duda, pero mantenida, así como su firmeza exterior, durante los días de prueba porque acababa de pasar su juventud.

—¡Se acabó! ¡Se acabó!—exclamó con un grito casi inesperado ocultando el rostro entre sus manos.—Ya no le veré más.

De pronto oyó una campana que sonaba suavemente, y cuyo eco despertó en ella un mundo de impresiones lejanas. Levantó vivamente la cabeza y miró en torno. Caminaba por una calle de acacias, a cuyo tortuoso fin se divisaban altos pinos y algunas casitas rústicas. Al pasar por delante de una de ellas, oyó una voz que decía: *Eviva la signorina*; y des-

pués: *La madona vi accompagna*. En seguida cruzó un arco medio arruinado que parecía ser un vestigio de la antigüedad, y la campana seguía sonando, y la oía más distintamente porque se acercaba a la iglesia.

—¡Ya!—exclamó juntando las manos.—¡Ya estamos!

Al llegar al fin de la calle, el carruaje torció a la izquierda, pasó de la iglesia, y la joven saltó delante de una puertecita sobre la cual campeaba una estatua del Crucificado, y al pie estas palabras esculpidas en relieve: VENITE AD ME, OMNES QUI LABORATIS ET ONERATI ESTIS, ET EGO REFICIAM VOS. Llamó apresuradamente, la puerta se abrió, una cariñosa palabra de sorpresa la acogió, a la cual respondió con una sonrisa, pero prosiguió sin detenerse, porque al otro extremo del claustro veía a la que venía buscando

Mediaba el día, los niños salían de la escuela, la madre Magdalena vigilaba su salida, dirigiéndoles cariñosas palabras a su paso, cuando la recién venida apareció de repente, e introdujo entre los chicuelos el desorden. Sorprendida la madre Magdalena miró un momento con extrañeza a la que turbaba de este modo sin su permiso el orden del sitio y del día... volvió a mirarla... vaciló un momento... por último se abrieron sus brazos con una exclamación de gozo: «¡Florángel mía! ¡querida ovejuela que vuelve al redil!» y al caer la joven en ellos, olvidó por un instante los peligros, el cansancio, los sufrimientos del camino, y todas las espinas que desgarraban sus pies heridos.

---



lencianos el 1.º de Octubre tomó los fuertes del Palacio episcopal, del Colegio antiguo y del edificio de la Inquisición, haciendo que capitulara la guarnición, que quedó prisionera,

.....

»Por aquellas operaciones, el General Gómez, en nombre de Don Carlos, concedió a Llorens el título de Marqués de Córdoba, pero jamás firmó como tal.»

Examinadas las principales obras relativas a la primera guerra carlista, conceptuamos oportuno recordar lo que se expresa a continuación:

Don Ildefonso Antonio Bermejo, Gentil-hombre de Don Alfonso XII, en la página 338 del tomo primero de su obra *La Estafeta de Palacio*, dice así: «Fué Córdoba una de las ciudades de donde el jefe expedicionario (el General carlista Gómez) sacó más grandes ventajas. Se agregaron a su división casi todos los voluntarios del extinguido batallón de realistas, con sus jefes y oficiales; la música de la Milicia Nacional se presentó a servir voluntariamente en las filas carlistas, y fué destinada por Gómez al batallón de granaderos; aumentó su caballería con unos doscientos jinetes; reunió unas quinientas arrobas de balas y se elaboraron cien mil cartuchos; tuvo tiempo para reformar sus lanzas y abastecerse de vestuario, calzado y monturas. En los fuertes encontraron los carlistas gran cantidad de géneros depositados allí por los comerciantes de la ciudad, muchos fondos procedentes de las administraciones de rentas del Estado, no pocos de particulares y todas las alhajas de oro, plata y pedrería pertenecientes a los conventos suprimidos, cuya custodia se confió a una Junta compuesta de algunos individuos del cabildo de Córdoba y otros eclesiásticos que acompañaban la expedición.»

El Académico de la Real de la Historia, D. Antonio Pirala, en las páginas 238, 239 y 240 del tomo tercero (edición de 1869) de su obra *Historia de la primera guerra civil*, al hablar de la entrada de los carlistas en Córdoba dice, entre otras cosas, lo siguiente: «La toma del fuerte, con fosos, empalizadas, puentes levadizos y aspilleras, todo improvisado, costó a los expedicionarios catorce muertos y veinte heridos,

y los nacionales tuvieron cuatro de los primeros y catorce de los segundos. . . . .

»Es de todos modos innegable que los enemigos de la reina y de la libertad celebraron en todas partes instintivamente la entrada de uno de sus caudillos en la antigua corte de los Abderramán, y que alentó tanto sus esperanzas cuanto tuvo de honda la sensación que causó entre los liberales, y el disgusto que produjo al Gobierno de Madrid; porque no es el atravesar por todas partes, merced a los elementos que cuenta un rebelde para llevar la delantera, estorbando al que le sigue y debe atender a todos lados, lo que infunde a todos sus secuaces el aliento, porque podría decirse de él que huye; es la estancia quieta en una capital importante lo que da prestigio al invasor, porque eso prueba que no huye, que no teme, su confianza en sí propio. La dominación de un país es el objeto de toda rebelión; cuando ésta, pues, sienta segura su planta, desafía al poder a que se opone, y le debilita. Esto aconteció, no precisamente con la toma de Córdoba, si no con su tranquila posesión, con las medidas de gobierno que en siete días adoptó Gómez. . . . .

»Destacando a las poblaciones inmediatas algunas fuerzas que advirtiesen a tiempo la aproximación del enemigo, e hiciesen ejecutar las disposiciones de Gómez, creó una Junta de Gobierno presidida por el deán de la catedral, nombró autoridades, y procedió en todo como si hubiese de permanecer mucho tiempo. Y en verdad que no se detuvo poco, y que no citarán los gobernantes de entonces como título de gloria, ni la ocupación ni la quieta estancia de los expedicionarios en capital tan populosa. Proclama, bandos, nada se omitió por engrosar las fuerzas carlistas, y adquirir más recursos, privando de ellos a sus contrarios; y a fe que no fueron estériles sus esfuerzos, porque si su marcha hizo inútil la renovación de ayuntamientos de los pueblos que dominaron, y el régimen que establecieron, robusteciéronse sus masas con los mozos que reclutó, y viéronse henchidas sus cajas con la contribución de guerra que impuso a los liberales más acomodados.



**Excmo. Sr. D. Joaquín de Llorens y Bayer**  
Brigadier Carlista

Más de dos mil ex-voluntarios realistas se unieron desde luego a sus compañeros de opinión, y después de proveer de todo a Jurado y otros jefes carlistas, se crearon dos escuadrones con los caballos y yeguas requisadas al Infante D. Francisco y criadores del país, encomendando el uno (5.º por su numeración) al ex-oficial de la Guardia Real Tasier: el otro fué llamado de la Legitimidad, por ser casi todo de oficiales que se presentaron y guardias que habían sido de la real persona, y que no pudieron tener colocación en los demás.

En reemplazo de Villalobos, a quien se hicieron unas solemnes exequias, se dió el mando de la caballería al brigadier Armijo, y cubiertas las bajas de la acción de Villarrobledo todavía se creó un cuerpo de infantería con la denominación de Córdoba, engalanándose con la música de los milicianos nacionales el batallón de granaderos. Excusado es decir el regocijo exagerado a que se entregaron los carlistas cordobeses, sus públicas demostraciones de contento, sus obsequios a los expedicionarios: *Te Deum*, iluminaciones todas las noches, fuegos de artificio, nada dejaron de hacer por manifestar su alegría.»

El Diputado a Cortes por Tortosa, Don Buenaventura de Córdoba, (adicto a Isabel II) en la página 102 del tomo segundo de su obra *Vida Militar y Política de Cabrera*, se expresa así:

»Embarazada la división carlista por el gran número de prisioneros, propuso Gómez a los jefes enemigos un canje general, o bien que se señalase punto de depósito. A pesar de las comedidas contestaciones que de público se decía haber mediado, nada llegó a verificarse, sin duda porque convenía a las tropas de la Reina (como así se decía también) entorpecer la marcha de Gómez con tan crecido número de prisioneros.»

No faltó quien aconsejase al General carlista Gómez que fusilase prisioneros en represalias de los carlistas fusilados por los isabelinos en distintas ocasiones durante su expedición; pero el caudillo carlista optó por la magnanimidad, concluyendo por poner generosamente en libertad a tantísimos isabelinos como habían tenido la desgracia de verse obligados a rendírsele en la hermosa y noble capital de Córdoba.

---

El día 23 de Octubre de aquel mismo año de 1836 se presentó el General carlista Gómez Damas a la vista de Almadén, rica villa que encerraba por entonces unos dos mil vecinos, y en cuyo término radican las minas de azogue más renombradas y antiguas del mundo.

Defendían dicha población los brigadieres D. Jorge Flin-

ter y D. Manuel de la Puente, quienes habían ofrecido al Gobierno de Madrid resistir a los carlistas hasta el último trance.

Fortificaron, con tal intento, algunas casas de las afueras a guisa de reductos avanzados; levantaron tapias perfectamente aspilleras, y convirtieron en fuertes dos iglesias, una a la parte sur y otra en la parte norte de la villa, encerrándose en el primero el Brigadier Puente, y en el segundo el Brigadier Flinter, mandando en jefe aquél, como Gobernador Militar de la plaza.

Al acercarse el General carlista Gómez al pueblo de Santa Eufemia, inmediato a Almadén, ofició al Brigadier isabelino Puente pidiéndole doce mil raciones para el día siguiente, y el citado Gobernador, devolviéndole la comunicación, contestóle con arrogancia: *En Almadén no se dan raciones, si no se conquistan con plomo.—Manuel de la Puente.*

Entonces el General carlista dispuso el ataque, empezando éste a las siete de la mañana; los sitiados, desde las tapias aspilleras, procuraron contener con repetidas descargas la aproximación de los carlistas, quienes, después de tres horas de continuado empeño por una y otra parte, manifestaron a los isabelinos que habiendo ya cumplido con lo que exigía una defensa que no llegase al caso de temeraria, les acordaba una cesación de hostilidades para que meditasen en rendirse mediante a que no podían esperar ser socorridos. Los brigadieres Puente y Flinter contestaron con la mayor entereza que se hallaban dispuestos a sepultarse en las ruinas de sus fuertes antes que entregarse, y obstinándose más con aquella decisión los sitiadores continuaron el ataque sin interrupción. Más de veinte horas de fuego sostenido transcurrieron, y, por fin, los batallones valencianos y aragoneses, con los brigadieres Llorens y Quilez a su cabeza, se decidieron a dar el último golpe: sorteáronse las compañías carlistas, y entre tanto que el General Gómez con los batallones castellanos distraía por el frente la atención de los sitiados, lanzáronse aquéllas al asalto, escalando con singular arrojo las tapias y logrando introducirse en la población, aunque a costa de muchas y sensibles bajas. Aquello motivó que los soldados liberales se replegaran a sus fuertes, en los que se pasaron la noche ne-



Asalto de los carlistas a Almadén

gándose a oír proposiciones de rendición, prolongándose así durante nueve horas más el encarnizado combate. Pero a la mañana del día 24 prepararon los carlistas carros y colchones, y al abrigo de aquellas especie de tortugas impenetrables, inventadas por su inquieta imaginación, lograron romper brecha, sin gran peligro, en las paredes del fuerte que defendía el Brigadier, obligándole así a rendirse a discreción con los ochocientos hombres que tenía allí a sus órdenes, a las once de la mañana. Media hora más tarde cayó también prisionero el Brigadier Puente con otros cuatrocientos soldados isabelinos, muchos de los cuales conservaron sus armas porque se adhirieron al carlismo, engrosando sus filas, y los restantes de los mil cuatrocientos prisioneros que hicieron los carlistas en aquella jornada tan gloriosa para ellos, fueron desarmados, continuando presos hasta que en la capital de Cáceres el General expedicionario D. Miguel Gómez les concedió generoso la libertad después de jurarle todos que no volverían a hacer armas contra Carlos V.

En Almadén se apoderaron los carlistas de mil quinientos fusiles, de los fondos públicos, tabacos, papel sellado, fondos de tesorería, granos, bueyes, caballos y gran número de bestias de carga.

Por Guadalupe siguieron su marcha los carlistas a Trujillo, donde entraron el día 29 de Octubre, en medio de las más entusiastas aclamaciones a Carlos V, y el 31 se alojaron en Cáceres, donde descansaron durante varios días, mostrándoles las mayores simpatías todos los habitantes de aquel país, probando ello los muchos partidarios con que en Extremadura contaba el Carlismo.

En el capítulo tercero de los cuatro dedicados al *Alcalde de Villarreal*, Brigadier de Infantería carlista D. José Joaquín de Llorens y Bayer (dignísimo padre del General de Artillería carlista y Diputado a Cortes D. Joaquín de Llorens y Fernández de Córdoba), por D. Reynaldo de Brea en su obra titulada: *Recuerdos carlistas*, leemos lo siguiente: «En el ataque de Almadén del Azogue le encargó (a Llorens) el General Gómez la dirección del asalto por la parte de la plaza de toros y el hospital; al anochecer del día 23 del mismo Octu-



**Excmo. Sr. D. José Jara**

**General Carlista**

bre se apoderó de dichos puntos, y al día siguiente del que ocupaba el Brigadier Flinter, quien quedó prisionero con más de ochocientos hombres, veinticinco caballos, el armamento y otros efectos, por cuyo hecho propuso el General Gómez para el empleo de Brigadier a Llorens.»



Examinadas las principales obras escritas sobre la primera guerra civil, consideramos de interés ampliar lo relativo a la memorable victoria carlista de Almadén con los datos que copiamos a continuación:

Don Ildefonso Antonio Bermejo, en la página 339 del tomo primero de su obra *La Estafeta de Palacio*, dice así: «Conseguido el triunfo de Almadén se arrojó el carlista Gómez sobre Extremadura, cuyas milicias nacionales, poco antes tan llenas de arrogante entusiasmo, se desvanecieron como el humo al soplo de la invasión, todo lo cual iba dando crecimiento justificado a la gloria del carlista, excitando el asombro de España y del mundo.»

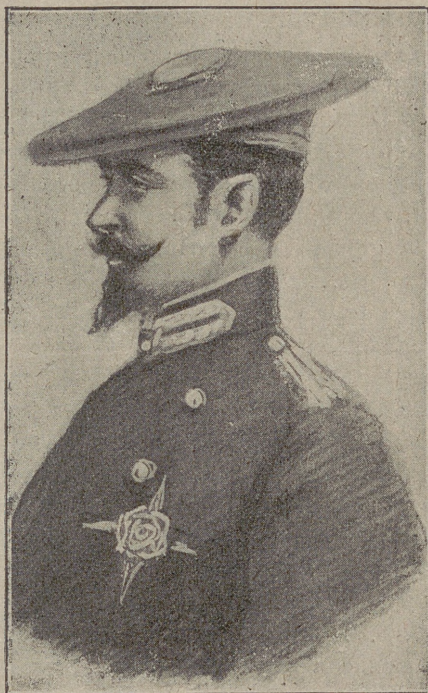
El Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en su *Historia de la primera guerra civil* (páginas 262 y 273 del tomo tercero, edición de 1869), dice lo siguiente:

«La ocupación de la capital famosa del Kalifato español por las huestes carlistas, había causado una sensación tan dolorosa como profunda en el ánimo de los liberales, inquietados antes con la derrota de Tello, Pardiñas y López, con la posesión de cuatro capitales, con la aproximación de Gómez a Madrid; pero el sitio y entrega de Almadén apuró la copa del sufrimiento. . . . .

»Ufano Gómez con su triunfo, a vista casi del jefe superior de los ejércitos de la Reina y de las tropas más escogidas, tan apartado como se hallaba de los suyos, y en el corazón del territorio que dominaban los contrarios, conseguido enteramente su propósito, y nada inclinado a dar al Ministro de la Guerra y Capitán general Marqués de Rodil la ocasión del triunfo que tan poco procuraba, no bien se hizo cargo de los rendidos y recogió los efectos de guerra y demás de las minas y de la población, que necesitaba y le podían ser útiles, cuando alzó el campo en la noche misma del 24.»

El Diputado a Cortes por Tortosa, D. Buenaventura de Córdoba (adicto a la causa isabelina), en las páginas 117, 123 y 124 del tomo segundo de su obra titulada: *Vida Militar y Política de Cabrera*, cuenta lo que sigue:

«La división expedicionaria carlista fué recibida en todos



**Excmo. Sr. D. Francisco Chinchilla,**  
**Brigadier Carlista**

los pueblos del tránsito con las mayores demostraciones de júbilo y entusiasmo. . . . .

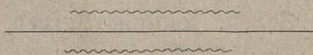
»El día 26 de Octubre (del año 1836) atravesando la división de Gómez por Talarubias el Guadiana marchó en dirección de las Navas y Navalvillar de Pela (Extremadura), donde campó, continuando el 27 hacia Guadalupe. Las tropas y prisioneros padecieron una sed devoradora, y muchos de



Sr. D. Joaquín Ferrer,  
Coronel Carlísta

estos, no acostumbrados a las fatigas y privaciones, murieron por falta de bagajes durante la jornada, que fué larguísima. A las cinco de la tarde llegó la expedición a Guadalupe, punto que se pensó tomar por asalto, pero de antemano había marchado la infantería que lo guarnecía, quedando sólo en observación treinta o cuarenta caballos. Entraron los carlistas sin la menor resistencia, y salió una partida en persecu-

ción de las tropas de la Reina que se habían alejado, logrando coger quince o veinte prisioneros. Las mujeres de esta población pronunciáronse contra el Brigadier isabelino Flinter, al verle entre los prisioneros que llevaban los carlistas, pidiendo a gritos su cabeza, y en grupos llegaron hasta la guardia donde estaba dicho jefe prisionero. Dispersados por el capitán carlista de la misma estos grupos mujeriles, no desistieron, sin embargo, de su empeño, y presentáronse a Cabrera clamando venganza por los malos tratamientos que decían haber recibido del Brigadier liberal Flinter. El General carlista Cabrera despidió a las mujeres sin más explicaciones, y al día siguiente continuó toda la división del General carlista Gómez su marcha a Logrosán, llegando el 29 a la ciudad de Trujillo, en donde la expedición fué recibida con públicas demostraciones de regocijo. »





XX

### Oriamendi

( 16 de Marzo de 1837 )

*Victoria obtenida por el Infante Don Sebastián Gabriel de Borbón y de Braganza, General en Jefe del Ejército carlista del Norte, sobre el General inglés Ewans, Comandante General de las tropas isabelinas de la provincia de Guipúzcoa.*

El General inglés Ewans, Comandante en jefe de los legionarios de su nación, venidos a España para defender el trono de Isabel II, presentó al Gobierno de Madrid, a principios del año 1837, un plan de operaciones, cuyo objetivo consistía en privar a los carlistas de su comunicación con Francia, arrebatándoles la posesión de la frontera por medio de un movimiento simultáneo de tres fuertes divisiones, que partiendo de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra, podrían batir al enemigo en la prolongada extensión de aquella línea. Aquel plan fué objeto de examen, de consultas y pareceres; trámites que por la disparidad de opiniones invertían el tiempo que los carlistas aprovechaban afanosos, perfeccionando cada día más la reorganización de sus tropas después del último sitio de Bilbao.

Aunque contrario el parecer del General Espartero, respecto al plan propuesto por el General inglés, el Gobierno de Isabel II aprobó aquel proyecto, cuyo conocimiento llegó al

cuartel general del Infante de España Don Sebastián Gabriel de Borbón, a la sazón General en Jefe del Ejército carlista del Norte, cuyo augusto señor, aunque escaso de fuerzas, podía, no obstante, revolverse oportunamente en toda la dirección de la línea amenazada, llevando sus voluntarios allí donde fuere preciso el refuerzo; y dió sus órdenes para que los generales que respectivamente mandaban las tropas carlistas que operaban por Vizcaya, Navarra y Guipúzcoa se defendiesen tras de sus atrincheramientos hasta tanto que el mismo Infante y General, con una columna volante, cuyo mando se reservaba, acudiera sucesivamente a todos los puntos amenazados, a fin de batir en detall a las numerosas tropas liberales destinadas a invadir el territorio que por entonces dominaban las armas carlistas.

Vencidas todas las dificultades de opinión que sucesivamente contrariaban el vasto plan del General inglés, emprendió el ejército isabelino el simultáneo movimiento, saliendo el General Espartero de Bilbao el día 10 de Marzo de 1837 con veinte batallones, y en dirección de Durango; haciéndolo el mismo día el General Ewans desde San Sebastián, con un cuerpo de diez mil hombres, por la vía de Hernani; y verificándolo igualmente el General Sarsfield el día 11 desde Pamplona, por el camino que desde dicha plaza conduce a Tolosa.

Marchaba el General Espartero por el camino de Durango, confiado en el valor de sus tropas; pero como a la vista de los altos de Santa Marina, en las inmediaciones de Galdácano, encontrase algunas fuerzas carlistas parapetadas en diferentes líneas de atrincheramientos, fué preciso empeñar un combate para abrirse paso por en medio de aquellas posiciones enemigas. Púsose el General en jefe isabelino al frente de su vanguardia, y con ella embistió reciamente a los carlistas, que obstinadamente defendieron sus puestos con ardimiento y valentía. Fué entonces herido en el brazo izquierdo por una bala de fusil, y como si la sangre que vertía fuese aún mayor estímulo para el acrecimiento de su arrojo, no consintió en retirarse, antes bien animando con su voz por todas partes al soldado, concluyó al fin por lograr la victoria,



**S. A. R. D. Sebastián Gabriel de Borbón y de Braganza**  
General en Jefe del Ejército Carlista del Norte

dando al frente de su escolta una brillante carga. Doscientos cincuenta hombres tuvo fuera de combate, y las bajas de los carlistas fueron poco menores. Los carlistas, que si bien habían cedido al número, no por eso cejaban del intento de detener todo lo posible la marcha del General Espartero, abandonaron los altos de Santa Marina, para situarse más adelante, sobre la misma carretera. Los constitucionales fuéronse

a Galdácano, y en dicho punto pernoctaron, y hasta quedaron el día 11.

Emprendió de nuevo su marcha el General Espartero el día 12, y de nuevo los carlistas presentáronse en las alturas inmediatas a Galdácano. Trabó la vanguardia la pelea pugnando por hacerse dueña de las posiciones de Lemona, que el enemigo ocupaba y defendía con ardor. El General en jefe isabelino, entre tanto, hallábase peor de la herida, y sufriendo horriblemente uno de los ataques de sus males crónicos; y tal era su estado, que llegando a temer por su vida los generales que le acompañaban, pretendieron inducirle a que se retirase a Bilbao. Sabía el General Espartero el mal efecto que en las tropas causaría el alejamiento forzado de su jefe superior; así, lejos de acceder, montó a caballo, y dirigiéndose al lugar de la pelea, alentó con su presencia a sus soldados, guiólos, y muy luego enseñoreándose de las altas cumbres, olvidóse por un momento de su horrible sufrir al ver en retirada a los carlistas.

Entró el General Espartero con sus tropas en Durango; y allí permaneció hasta el día 16, en que, dejando en dicha villa la división de la Guardia Real, marchóse con lo restante del ejército a acantonarse en Elorrió, mientras los carlistas ocupaban con varios batallones a Elgueta, Mañaria y Mondragón.

El General inglés Ewans, en el primer día de su marcha, había conseguido las ventajas que al emprender el movimiento se propuso. Las tropas anglo-españolas se hicieron dueñas de los reductos y atrincheramientos que los carlistas tenían en las alturas de Ametzagaña. Ya poseedor el General inglés de aquellas posiciones, que debían servirle como de punto de partida, encaminó una columna hacia Galzao, estableció otra en las mismas posiciones de Ametzagaña, y dirigió otra contra Lasarte, para caer después sobre Andoain, y dispuso que otra marchase por Rentería a posesionarse de las ventas de Astigarraga. Aquella marcha combinada de tres columnas produjo un ataque general, porque los carlistas luchaban en todas partes con intrepidez y arrojo; y como el fuego era intenso por todas partes, obrando la artillería y la



fué nombrado Diputado General adjunto primero, siendo él uno de los que firmaron el acta de la proclamación y jura de los fueros de Carlos VII, solemnes actos que tuvieron lugar el día 7 de Julio de 1875 en Villafranca de Guipúzcoa, viendo premiados sus relevantes servicios con la Medalla de Carlos VII y la Gran Cruz Blanca del Mérito Militar.

Después de la terminación de la última guerra carlista pasó el señor de Dorronsoro a Francia, donde permaneció hasta que al año siguiente, acogiéndose a la amnistía, volvió a su pueblo natal, en donde siguió ya hasta su fallecimiento, ocurrido el día 16 de Octubre de 1880.

Durante su enfermedad escribió Carlos VII al hijo del señor de Dorronsoro, D. Inocencio, interesándose por la salud de su antiguo Diputado General de Guipúzcoa, y al conocer su muerte escribió a la señora viuda de Dorronsoro sentida carta de pésame.

De la verdadera y entusiasta adhesión del Excmo. Sr. don Miguel de Dorronsoro a la Causa Católico-Monárquica por la que tanto trabajó durante toda su vida, nos da cabal idea el siguiente detalle: en uno de los momentos de su última enfermedad en que creyó que ya se iba a morir, llamó a su lado a sus hijos y les hizo gritar por tres veces: *¡Viva el Rey!*

También se distinguió el Sr. de Dorronsoro como excelente escritor: los Cabildos eclesiásticos y secular de Beasain (Guipúzcoa) publicaron un libro suyo escrito en el año de 1862 demostrando que *San Martin de la Ascensión* era hijo de Beasain y no de Vergara, como pretendían los de esta villa. En el año de 1870 escribió un folleto notable titulado *Lo que fueron los reyes de España y lo que ha sido y es el liberalismo para con los fueros de Guipúzcoa*. Cuando fracasó el levantamiento carlista del Norte en la primavera de 1872 publicó otro folleto titulado *A los carlistas* explicando detalles de lo ocurrido y algo de lo que contribuyó al mal éxito alcanzado en aquella época por las armas carlistas en el territorio vasco-navarro.

El ilustre político D. Pedro de Egaña, que había sido Ministro de Isabel II publicó en *El Noticiero Bilbaíno* un extenso artículo dedicado a la buena memoria de nuestro inolvida-



Sr. D. Inocencio de Dorronsoro

ble biografiado; explicaba su vida, enumeraba sus servicios, hacía la crítica de sus actos como particular y como Diputado General carlista por Guipúzcoa, y concluía con los siguientes párrafos:

«Mientras duren la actual generación y aún la que ha de seguirla, no se borrará la memoria de aquel gran repúblico, que en medio de los durísimos e ineludibles deberes de su cargo, que así le obligaban a pesar sobre sus adversarios como sobre sus propios amigos si había de sostenerse la lucha, supo conservar el respeto de los unos y el cariño de los otros, citándose hoy su nombre en las cuatro provincias vasco-navarras como modelo de desinterés, abnegación cívica y rectitud.

»Por lo mismo que mi campo estuvo enfrente del suyo,

«tengo especial complacencia en rendirle este tributo de justicia.—*Pedro de Egaña.*»

El Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea* (tomo V, páginas 116 y 117 de la edición de 1878), dice lo que a continuación se expresa:

«En las cuatro provincias vasco-navarras eran notables las personas que estaban al frente de cada Diputación; pero ninguna de aquellas se distinguió lo que D. Miguel de Dorronsoro, que presidía la de Guipúzcoa. Escribano inteligente, apasionado carlista, y fervoroso vascongado, no era nuevo para él el papel de Diputado General, porque lo había sido en 1868. De costumbres democráticas, sencillo en su trato y pareciendo querer ostentar más la rusticidad aldeana que los modales de corte, amaba el trabajo como el que a él está habituado, nada le arredraba y no había sacrificio que no se impusiera en obsequio de la causa carlista y en odio a los liberales. Franco en su proceder, recto en la justicia, no se doblegaba ante el poderoso, y ocasión hubo en que puso el tradicional *se obedece y no se cumple* a disposiciones o recomendaciones de Don Carlos en favor de algún título que procuraba eximirse del pago de los tributos que la Diputación o Dorronsoro imponía, y cobraba inexorable. Respetado por todos, llegó hasta a imponerse a los jefes militares de la provincia, como veremos oportunamente.»

*Don Inocencio de Dorronsoro y Zuazola* (hijo del Diputado General por Guipúzcoa) nació en Ataún el día 28 de Diciembre de 1851. Ayudó a su señor padre en los trabajos que realizó por la Causa católico-monárquica, y cuando empezó la guerra en la primavera de 1872 salió a campaña y una vez regularizada ésta sirvió como Ayudante de Campo a todos los comandantes generales que tuvieron los carlistas en Guipúzcoa. Se distinguió en varios hechos de armas y por su bizarro comportamiento mereció se le concedieran varias condecoraciones militares.

Al terminar la última guerra carlista emigró a Francia; al año siguiente volvió a su pueblo natal, acogéndose a la amnistía; ejerció durante bastantes años el cargo de Diputado provincial por Tolosa, y siempre leal a la bandera de *Dios*,



**Excmo. Sr. D. Eusebio Rodríguez Román**  
Último Comandante General de los carlistas guipuzcoanos

*Patria y Rey* falleció cristianamente el día 18 de Noviembre del año 1900. Sus restos, juntamente con los de sus ilustres padres, reposan en el panteón que en dicha villa posee la familia de una de sus hermanas.

*Don Maximino de Dorronsoro y Zuazola* (hermano menor del anterior) estudiaba segunda enseñanza en Oñate, cuando a los quince años de edad se escapó de dicha villa, en el de 1873, junto con otros amigos suyos, deseosos de incorporarse a alguna partida carlista. Como aquellos animosos jóvenes emían ser conocidos si se presentaban a fuerzas carlistas

guipuzcoanas (en cuyo caso temían que se les hiciera volver a sus libros) decidieron marchar a Navarra al través de los montes, como así lo ejecutaron, llegando rendidos de cansancio y de necesidad a aquella provincia, donde fueron reconocidos en seguida, obligándoseles (bien a pesar suyo) a volver a sus estudios. Falleció en Ataún el año 1877.

Gracias a la amabilidad y entusiasmo jaimista de nuestro distinguido amigo D. Daniel de Insausti y de Dorronsoro, ilustrado Alumno de la Escuela de Ingenieros Industriales de Bilbao y dignísimo nieto del inolvidable patricio guipuzcoano D. Miguel de Dorronsoro, tenemos el gusto de honrar estas páginas con el retrato del bizarro General carlista *D. Eusebio Rodríguez Román*, ya que por no disponer de él a la sazón no pudimos incluirlo en nuestra obra *Cruzados Modernos*, en la que figura su brillante biografía, por lo cual nos limitaremos a recordar aquí que tan bravo militar procedía del Arma de Infantería del Ejército de Isabel II; peleando contra los revolucionarios de Santander ganó la Cruz de San Fernando, y era ya Comandante cuando ingresó en el Ejército carlista, en el cual mandó el Batallón 1.º de Navarra, obtuvo varias condecoraciones por méritos de guerra y al ser promovido a Brigadier, en Septiembre de 1875, fué nombrado Comandante general de los carlistas guipuzcoanos; la fotografía que ha servido para el retrato que en esta obra pueden ver nuestros lectores tiene cariñosa dedicatoria a su valiente Ayudante de Campo D. Inocencio de Dorronsoro.

---

---

El Conde de Doña Marina  
y su hijo D. Narciso de Liñán y de Heredia

De la ilustre familia aragonesa de los señores de la Aldehuela y de Cetina, luego Duques de Rivas, Marqueses de Bárboles y Condes de Contamina, nació D. José de Liñán y Eguizabal el día 19 de Junio de 1858.

Su padre, el Ilmo. Sr. D. Pascual de Liñán (hijo del célebre Teniente General Liñán que en la guerra de la Independencia, en el Virreynato de Méjico y en la Capitanía General de Madrid añadió nuevos timbres a su casa) fué nombrado Mayordomo de semana de D.<sup>a</sup> Isabel II el día 13 de Mayo de 1857, es Comendador de la Corona de Hierro, en Austria, ha sido Diputado provincial por Madrid, y también Diputado a Cortes por Teruel y por Valderrobles.

De su tío por línea paterna el General Barón de Hervés, Conde de Samitier, ya hemos publicado retrato y datos biográficos en nuestra obra titulada *Príncipe heroico y soldados leales*.

Su tío, por línea materna, D. José Cavanilles, fué Secretario de Carlos VII e íntimo amigo y compañero del antiguo Senador del Reino D. Francisco Navarro Villoslada, con cuyo retrato y biografía honramos también las páginas del presente libro.

D. José de Liñán y Eguizabal se declaró ya carlista al publicar, a los veinte años de edad, la obra de su abuelo materno el notable jurisconsulto Eguizabal titulada *Legislación española sobre imprenta*.

En 1879, antes de cumplir los veintiún años, terminó las carreras de Leyes y de Administración, incluso el Doctorado, obteniendo los grados, desde el de Bachiller, por oposición o por concurso, libres de gastos.

Inauguró la práctica de su carrera siendo nombrado Abogado fiscal sustituto de la Audiencia de Madrid.

Aquel mismo año fué elegido Secretario de la Real Academia de Jurisprudencia, de cuya Junta de Gobierno fué luego Vocal, y, más tarde, Presidente de la Sección de Derecho público y Economía política, cuyo cargo desempeñaba cuando en el año de 1887 fué nombrado Director del diario tradicionalista titulado *La Verdad*, de Santander, y el año siguiente pasó a Bilbao con el cargo de Director del diario carlista *El Basco*, que tanta importancia tenía ya por aquella época en la citada capital y todo el territorio vascongado, especialmente en Vizcaya.

Dos años antes había hecho el señor de Liñán brillantes oposiciones a la cátedra de Derecho político de la Universidad de Valladolid, obteniendo votos para el primer lugar y figurando en la terna. No le dieron la cátedra porque haciendo pública manifestación de sus ideas afirmó que estaba vigente la Ley fundamental del Rey Don Felipe V, que las hembras no debían reinar en España, y combatió duramente el sistema parlamentario.

Como es de suponer, el Tribunal no admitió por cierto nada de todo aquello: su espontaneidad y valor en confesar su fe política le valió a nuestro ilustró y querido biografiado *cerrarse el porvenir*, palabras textuales del célebre Ministro liberal D. Francisco Romero Robledo en cariñosa carta dirigida el día 26 de Septiembre de 1889 a nuestro querido amigo D. José de Liñán, de cuyo padre era íntimo amigo aquel personaje alfonsino, de carácter simpático y agradable como pocos, siempre ganoso de favorecer a sus amigos, y que tanta predilección mostró por servir personalmente a los carlistas, cumpliéndonos recordarlo así en estas páginas, en honor de su buena memoria, y como testimonio de gratitud, aunque nosotros nunca llegamos a aprovecharnos de los afectuosos ofrecimientos con que también hubo de distinguirnos, pres-

cindiendo, en su deseo de servirnos, de la significación de nuestros ideales religiosos y políticos.

En su vida de periodista sufrió el señor de Liñán un percance que le honra, y que le dió mucha celebridad: en el año de 1887, dirigiendo *La Verdad*, de Santander, los enemigos de la Comunión Católico-Monárquica atentaron contra su vida, saliendo ileso de la agresión, gracias a su energía, que triunfó de sus terribles adversarios.

Días antes, encontrándose nuestro querido amigo en Solares, en la casa de su hermano político e inolvidable amigo nuestro el Marqués de Valbuena de Duero, propietario de *La Verdad*, le visitó un antiguo amigo de su padre para avisarle de que habían decretado su muerte en una logia masónica. La contestación del señor de Liñán fué la del siguiente soneto que dedicó al amigo que había ido a prevenirle contra los siniestros planes de algunos liberales:

A -----

¿Que me guarde, decís, porque me siguen  
 los hermanos *tres puntos*, rencorosos,  
 que contra mí, terribles y furiosos,  
 me acosan, y me acechan y persiguen?  
 Que no dejen sus *planchas* ni mitiguen  
 sus decretos de muerte, valerosos;  
 hasta sus mismos antros misteriosos  
 iré, si así sus planes no consiguen.  
 No cesan, Jesús mío, de insultarte,  
 no dejan, Padre amado, de ofenderte  
 y quieren que abandone tu estandarte,  
 yo que tan sólo quiero poseerte,  
 que no aspiro a más gloria que a gozarte... ..  
 morir por la verdad ¡qué hermosa muerte!

J. DE L.

Santander, 4 de Agosto de 1887.

En el año de 1889, al celebrarse el Certamen para conmemorar la jura de los fueros por Carlos VII a mediados de 1875, obtuvo el señor de Liñán dos premios, uno de ellos





D. Narciso de Liñán, Maestrante de Granada

Sr. Conde de Doña Marina

el magnífico plato de plata repujada, regalo de aquel augusto señor.

En el Congreso Católico de Zaragoza presentó un trabajo sobre la prensa periódica, que figura íntegro en el libro conmemorativo de aquella notable asamblea, por acuerdo de la Sección donde hubo de darse a conocer y juzgar tan excelente trabajo.

Ha publicado un *Estudio sobre la libertad de testar*, con un prólogo de su pariente el Duque de Veragua; un folleto sobre *Extradición*, y otro titulado: *La política del Rey*.

Fué vice-Presidente de la *Juventud Católica* de Madrid, y procurador por las de Zaragoza y Valencia, para la última asamblea general celebrada por las juventudes católicas de toda España.

Es Académico correspondiente de la de Arqueología y Amigos del País, de Valencia, y Abogado de los ilustres Colegios de Madrid, Bilbao y San Sebastián.

Ha publicado dos monografías históricas sobre *Escritores de la casa de Sástago* y sobre *Don Blasco de Alagón y Roger*

de *Lauria*; así como un folleto relativo a la cuestión social con el título de *Lo que pide el obrero*.

Ha escrito bajo los pseudónimos de *E. Quis*, *Jaime de Lobera*, *Tirso de Aragón*, *Pedro Pablo de Larrea*, *El Bachiller Zamudio* y otros varios que ahora no recordamos.

Ha compuesto también inspiradas poesías que le han proporcionado generales y merecidos plácemes; he aquí uno de sus sonetos más notables, publicado en el *Calendario de El Mensajero del Corazón de Jesús*:

### Traducción del «Summe-Dómine» de San Ignacio

Toma y recibe, Padre mío, entera,  
mi voluntad, memoria y pensamiento;  
toda mi libertad y entendimiento,  
cuanto poseo y poseer pudiera.  
Todo tú me lo diste, porque fuera;  
es tuyo de mi sangre el movimiento;  
tuyo es de mi espíritu el aliento;  
de mí dispón, como si no existiera.  
Todo tuyo, mi Dios; con eficacia,  
a Tí lo que me diste restituyo,  
pues sólo obrando así seré dichoso.  
Dame, Padre, tu amor, dame tu gracia;  
que nada tenga yo si no el ser tuyo,  
y nadie como yo tan poderoso.

En el año de 1891, el Excmo. Sr. Grande de España Marqués de Heredia, Maestrante de la Real de Caballería de Granada, Gentil hombre de D. Alfonso XIII, Senador del Reino por derecho propio y Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III, cedió el título de Conde de Doña Marina á favor de su hija la Muy Iltrè. Sra. D.<sup>a</sup> Josefa de Heredia y de Saavedra, digna esposa de nuestro antiguo y querido amigo D. José de Liñán y Eguizabal, Director de *El Basco* por aquella época; pero aun antes de que se extendiese en Madrid la Real Carta de sucesión, concedió Don Carlos VII al ya citado señor de Liñán merced de título del Reino con aquella misma denominación de Conde de Doña

Marina, de manera que fué el augusto caudillo de la Comu-  
nión Católico-Monárquica quien le llamó antes que nadie  
*Conde de Doña Marina*.

En 1897 cesó el señor de Liñán en la dirección de *El Basco*;  
pero no por ello abandonó sus brillantes campañas perio-  
dísticas, pues fué luego Director de *El Correo de Guipúzcoa*,  
de San Sebastián, hasta hace cinco o seis años. Por cierto  
que al frente de dicho diario tuvo ocasión de mostrar la for-  
taleza y lealtad heredadas de su ilustre familia, pues sufrió  
un costoso proceso por no declarar quiénes fueron los autores  
de unos artículos que hubieron de ser denunciados, ni querer  
tampoco presentar *testaferros*.

En las elecciones políticas del año 1898 presentó el Conde  
de Doña Marina su candidatura a la Diputación a Cortes por  
el distrito de Alcañiz, derrotando real y moralmente al can-  
didato ministerial, y llegando a ser el único candidato de  
oposición que venció a un candidato del Gobierno en la pro-  
pia capital del distrito electoral; pero al fin perdió el acta, y  
fué ello verdaderamente sensible, porque abrigamos la con-  
vicción profunda de que nuestro ilustre y querido biografiado  
habría desempeñado brillantísimo papel en el Congreso.

Carlos VII tuvo siempre en gran estima al Conde de Doña  
Marina, distinguiéndole en numerosas ocasiones y honrándole  
con autógrafos tan expresivos y enorgullecadores como los  
que le dirigió en 29 de Octubre de 1891, desde Venecia; en 18  
de Agosto de 1897, desde Lucerna; y en 14 de Marzo de 1898,  
desde Venecia.

El primero de dichos autógrafos se lo dirigió al recibir  
Don Carlos la magnífica espada que el Ayuntamiento de Ma-  
drid regaló al Capitán General D Ramón María Narváez,  
primer Duque de Valencia, en el año de 1848, cuya espada  
fué luego adquirida por el Marqués de Heredia, padre políti-  
co del Conde de Doña Marina, y que éste envió a Don Carlos  
por conducto del ilustré General carlista Cavero.

El segundo autógrafo de Don Carlos recibiólo el Conde de  
Doña Marina al cesar en la dirección de *El Basco*; en él le  
decía textualmente: «Sé que en todas partes puedo contar con-  
tigo; pero deploro que las circunstancias te alejen del puesto

que con tanto honor, inteligencia y lealtad has desempeñado por espacio de diez años y en el cual he admirado frecuentemente tus dotes de cristiano y caballero.»

El tercero de los autógrafos citados anteriormente lo recibió el Conde de Doña Marina al presentar su candidatura a Diputado a Cortes por el distrito de Alcañiz; en él se expresaba Don Carlos de la siguiente manera: «La prueba de patriotismo que das en esta ocasión te hace muy acreedor a que te escriba. En la protesta que los representantes de la España tradicional están llamados a formular desde la tribuna de las Cortes, Aragón no merecía por sus tradiciones, su virilidad y su gloriosa historia carlista, quedar olvidado. Bien te cuadra llevar la voz de aquel Reino, a tí, salido de una familia tan antigua en él y tan respetada. Tu sangre tenía Generales tan valerosos como el General Barón de Hervés y tu propio abuelo, y Consejeros del Trono tan leales como mi antiguo Secretario el caballeroso Conde de Samitier. Y esa sangre en tí no ha mentido, pues tengo en particular estima las brillantes campañas que has librado por nuestra Santa Causa en la prensa, el libro y la tribuna.»

Tanto en las campañas de *El Basco* y *El Correo de Guipúzcoa*, como en los numerosos folletos que ha publicado el Conde de Doña Marina, se admiran sus relevantes dotes de escritor atildado y erudito que sabe tratar con maestría y claridad envidiables asuntos árdulos y complejos, que resultan fácilmente asimilables gracias a su dialéctica incontrovertible y a su bien cortada pluma. Todos los jaimistas ven en él a uno de los propagandistas de la Causa Católico Monárquica más esforzados, que ha conseguido, con el acierto peculiar de su privilegiado talento, inolvidables triunfos sirviendo la causa del tradicionalismo.

En la actualidad es vice Presidente de la Junta Regional jaimista de Castilla la Nueva el Conde de Doña Marina, y ha aumentado su prestigio y popularidad con la notable conferencia que dió el día 30 de Abril del año 1911 en el Círculo Tradicionalista de Madrid sobre la injusta *Supremacía del poder civil*, recibiendo en ella una delirante ovación.

*Don Narciso de Liñán y de Heredia*, (hijo único de nuestro

querido amigo el Conde de Doña Marina) es Maestrante de la Real de Caballería de Granada; ya a los quince años de edad se ofreció para salir a campaña al General carlista Marqués de Vallecerrato, quien le estimaba mucho y le prometió llevarlo de Ayudante de campo en el caso de volver otra guerra carlista. En la actualidad es Abogado, Doctor, por premio extraordinario, en Filosofía y Letras, número uno de las oposiciones del Cuerpo unido de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, encargado de las cátedras de Arqueología y Numismática de la Universidad Central; y honra, en fin, con su valía personal las gloriosas tradiciones de su ilustre familia, respondiendo a las obligaciones de su noble sangre, y habiendo heredado el ingenio de su bisabuelo el insigne poeta Duque de Rivas, como lo revelan los romances arrancados a la modestia de tan distinguido joven y querido amigo nuestro.

---

---

---

## El Marqués de Castrillo

Don José Fernández de Villavicencio (hijo del General Duque de San Lorenzo y del Parque, Marqués de Villacerrato, de Castrillo, de la Mesa de Asta y Casa-Villavicencio y Conde de Belmonte del Tajo) nació en Alangrín el Grande (provincia de Madrid) en el año de 1849, y a los diez de edad se expidió a su favor Real Carta de sucesión en el título de Marqués de Castrillo.

Hizo sus primeros estudios en Francia, y vuelto a España en 1867, hallábase en Madrid preparándose para ingresar en el Colegio de Caballería cuando la Revolución del siguiente año le hizo variar de propósito, ofreciendo inmediatamente su adhesión incondicional a Don Carlos de Borbón y de Austria-Este, cuyo augusto señor le agració con el empleo de Alférez, como a título del Reino, que ya era, e hijo de Grande de España.

Desde el primer momento en que Don Carlos pensó en fiar, más tarde o más temprano, el triunfo de nuestra Bandera a la suerte de las armas, el Marqués de Castrillo ocupó distinguido lugar entre aquella pléyade de jóvenes entusiastas y decididos, hijos de ilustres familias, que, animados del más noble espíritu militar y de ardiente amor por la Causa Católico-Monárquica, bien pronto supieron instruirse en los principios del arte de la guerra para formar después aquella brillante oficialidad, joven, animosa, instruída, exacta cumplidora de sus deberes, que tanta gloria dió a nuestro Ejército

en la última campaña, inspirando siempre sus actos en el heroísmo, hijo de los sentimientos de honor más nobles y caballerescos.

En 1871 emigró a Francia; tomó parte en el alzamiento carlista del año siguiente; ascendióle a Teniente el General Dorregaray, y habiéndole nombrado su Ayudante de Campo, presentóse a dicho General en Irurita el día 18 de Marzo de 1873, después de abrirse paso él solo por en medio de los carabineros que custodiaban el puente de Daucharinea.

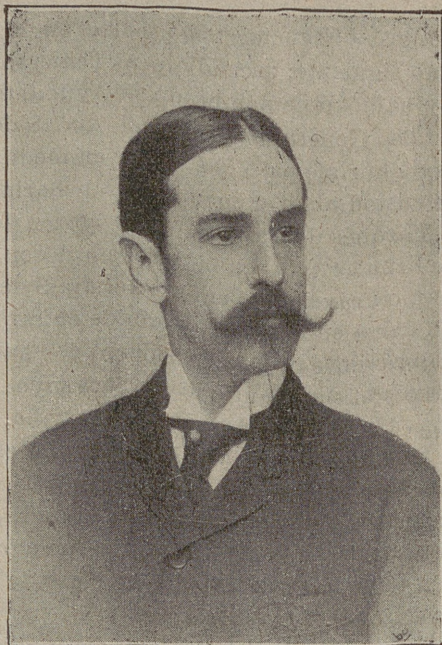
Batióse el Marqués de Castrillo en la acción de Oñate; en la sorpresa de Peñacerrada, en la cual le hirieron el caballo; y habiendo caído gravemente enfermo el día 3 de Mayo, tuvo que quedar en cama en Carrión, en donde entraron aquel día los liberales, librándose de caer prisionero por haber entre los enemigos algunos oficiales antiguos amigos suyos.

Apenas convaleciente el Marqués de Castrillo, se incorporó otra vez a las fuerzas carlistas, tomando con ellas parte en las acciones de Metanten y de Lecumberri, en la toma de los fuertes de Lizárraga y de San Adrián, en la de Estella y en la batalla de Montejurra, con cuya Medalla fué agraciado y en la que también ganó la Cruz Roja de 1.<sup>a</sup> clase de la Real Orden del Mérito Militar.

Asistió a todo el sitio de Portugalete, distinguiéndose en él de tal manera que fué ascendido a Capitán, además de dársele otra Cruz Roja del Mérito Militar.

Habiendo enfermado nuevamente el Marqués de Castrillo, vióse obligado a pasar a Francia, y vuelto a España, se batió otra vez en la batalla de San Pedro Abanto y en las últimas operaciones del sitio de Bilbao.

Harto delicado de salud, tuvo que volver a Francia, aconsejándole los médicos que renunciase a seguir haciendo vida de campaña; pero apenas pudo montar otra vez a caballo se presentó de nuevo al General Dorregaray, a cuyas inmediatas órdenes se distinguió notablemente en la célebre victoria carlista de Abárzuza, por la que se le concedió la Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III; pero él la rehusó, diciendo que era recompensa propia de paisanos y no de militares. Siguió sirviendo después en Navarra, hasta que en el desempe-



Excmo. Sr. Marqués de Castrillo

ño de una comisión especial que se le confirió en el mes de Septiembre de 1874 pasó a Cataluña, batiéndose allí en varias acciones, y distinguiéndose principalmente en un ataque de Vich, en el cual ganó otra Cruz Roja del Mérito Militar.

A fines de aquel mismo año, y siéndole ya completamente imposible continuar, por entonces, haciendo la vida de campaña, vióse precisado a hacer uso de la licencia que por enfermo se le había ya concedido anteriormente, viendo premiados sus servicios con el empleo de Comandante y emigrando a Francia en donde permaneció hasta que mucho después de concluida



LA HEROINA DE CASTELLÓN  
EPISODIO CARLISTA

Historia completa de esta brava mujer, que en la  
sada guerra empuñó las armas  
a 1'50 pesetas ejemplar

FOLLETOS DE PROPAGANDA RE

a 2'50 ptas. el

VAN PUBLICADOS

N.º 1.—Esbozo del Programa T

N.º 2.—¿Por qué nos llamamos

CANTOS A LA T

Tomo de poesía  
1 peseta ejemplar

EL AÑO JA

ALMANAQUE PARA  
UNA PESA

Consta de 164 páginas con varias il  
cromía, con más de 130 grabados y a

LOS CRÍMENES DEL

POR O

JUAN M. L

nú

Libro de 128 páginas con cubier  
ponerse a la venta en todas la

UNA PES

Añadiendo a su importe 0'30 p

# LOS DE DON JAIME

Hay en 4 colores

100 - 8 ptas. 1000

## AS DE DON JAIME

. . . . . 0'25 ptas.  
. . . . . 2'— »  
. . . . . 7'— »

## S DE DON JAIME

ientes, a. . . . . 4 ptas. 100  
as y fondo oro. . . 15 » »

**nuestra Administración**

## OS SUSCRIPTORES

premios que había de verificarse  
a del presente mes de Abril; a  
compradores, se aplaza hasta el  
vivo de la Peregrinación Nacio-  
burdes.

mero publicaremos la lista de

os remita los **diez** cupones le  
del sorteo a que tiene derecho.